

MIÉRCOLES DE CENIZA
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
1 de marzo de 2017
Jl 2, 12-18; 2Cor 5, 20-6, 2; Mt 6, 16-18

Reconciliaos con Dios. La Iglesia, por medio del apóstol san Pablo, nos exhorta hoy a reconciliarnos con Dios (cf. segunda lectura). Lo hace de una manera fuerte: *En nombre de Cristo os pedimos...*, dice; porque sabe que la voluntad del Señor es que vivamos siempre una relación de amor filial con el Padre. La cuaresma es, hermanos y hermanas, el tiempo privilegiado para hacerlo. Por ello, al iniciarla pedimos la gracia de mantenernos durante estos días en un espíritu de conversión que nos reconcilie con Dios y con los hermanos y que nos haga vivir más intensamente como discípulos de Jesucristo. La conversión y la reconciliación constituyen el núcleo central de la cuaresma. La austeridad penitencial que podamos practicar, sólo es un signo de nuestra voluntad de cambiar y una ayuda para mantener el vigor espiritual. Pero lo que realmente nos reconcilia con Dios y nos renueva espiritualmente es el amor a él, y querer ser fieles a su Palabra para servirle *en santidad y justicia* (cf. Lc 1, 75).

He hablado de mantenernos en un espíritu de conversión. Pero he empezado diciendo que teníamos que pedir la gracia, porque es un don de Dios. Ahora bien, Dios no nos va a hacer este don de la conversión si en nosotros no hay una voluntad, una disponibilidad, a cambiar lo que en nuestra vida no es según Dios, tanto en el interior de nosotros mismos como en nuestro comportamiento exterior, que implica la relación con los demás y la solidaridad concreta con sus problemas y necesidades. En cambio, viviendo este espíritu de conversión para reconciliarnos con Dios, haremos fructificar la gracia que recibimos en el bautismo. En otro caso, prescindiendo de esta voluntad de conversión echaríamos en saco roto, como decía san Pablo en la segunda lectura, la gracia que hemos recibido.

En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. El espíritu de conversión que necesitamos vivir para hacerlo, supone la renuncia a toda forma de egoísmo y cultivar la humildad y, también, el no querer aparentar lo que no somos ni buscar el aplauso por el bien que hacemos. Es la lección que nos da el evangelio de hoy. Jesús lo centraba en tres puntos, que forman parte de las prácticas cuaresmales que la Iglesia nos propone: ayudar a los demás sin hacer ostentación, rezar en la intimidad del corazón y no para señalarnos y buscar la alabanza de los demás, practicar el ayuno y la sobriedad en el uso de las cosas, sin querer ser admirados y alabados. El espíritu de conversión, la voluntad de mejorar en nuestra fidelidad a Jesucristo, necesita la ayuda de la oración, acompañada de la sobriedad de vida y del sabernos desprender de las cosas con el fin de ayudar a quien está necesitado. Tal como dice el Papa en su mensaje para este año: "la cuaresma es un tiempo propicio para abrir la puerta a las personas necesitadas y reconocer el rostro de Cristo", tratándolas con respeto y con amor. En cambio, "la lógica egoísta no deja lugar al amor e impide la paz" (Mensaje para la Cuaresma de 2017).

Con el espíritu de conversión que se traduce en amor a los demás, empezando por los que tenemos más cerca, podremos volver a tener una relación confiada y cordial con Dios. Y prepararnos así para celebrar más dignamente, con mayor intensidad espiritual, la Santa Pascua, en la que renovaremos nuestra fidelidad bautismal.

En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Querernos reconciliar con Dios, vivir el espíritu de conversión, es siempre confiar e invocar la misericordia del Padre. Los textos de la liturgia cuaresmal la invocan a menudo y nos recuerdan que ser misericordioso forma parte de la identidad de Dios conjuntamente con su justicia. Una justicia que se ha manifestado en la cruz de Jesucristo cuando él tomó el

pecado de todos para liberarnos de él; es sobre todo en la cruz donde se revela el perdón y la misericordia de Dios. El Padre, en tanto que es el origen de todo bien, es también Padre de misericordia y por eso nos da la cuaresma para rehacernos con su misericordia (cf. colecta del domingo 3 de cuaresma). Y, como dice, aún, el Papa Francisco, siempre que invocamos con fe la misericordia de Dios, nos es concedida, y cuanto más intensamente la acogemos, más nos va transformando (cf. Misericordia te misera, 5); es decir, más nos cambia, más nos hace capaces de ser instrumentos hacia los demás.

Como dice San Pablo en la segunda lectura, es Cristo mismo quien nos pide que vivamos este tiempo de reconciliación. Por eso tenemos que hacernos conscientes de nuestras infidelidades y pedir perdón invocando la misericordia del Padre. Siempre que lo hacemos somos consolados por Dios mismo. El nos asegura su amor a pesar de nuestra infidelidad, y nos enjuga las lágrimas de nuestro dolor.

El camino cuaresmal que iniciamos hoy es un camino hacia la Pascua, cuando nos será renovada la gracia que es fruto de la cruz y la resurrección de Jesucristo. Hacemos este camino, acompañados del amor misericordioso del Padre. El signo de la ceniza que ahora recibiremos expresa nuestra voluntad de hacer este camino, queriéndonos reconciliar con Dios viviendo un proceso de conversión evangélica para borrar nuestras malas acciones y nuestras omisiones culpables. Acerquémonos a recibir la ceniza con la confianza de encontrarnos una vez más con el amor misericordioso del Padre que es nuevo cada mañana (cf. Lam 3, 22-23).